

Estimado Alto Comisionado [Volker Türk],

Esta será mi última comunicación oficial con usted como director de la Oficina en Nueva York del Alto Comisionado para los Derechos Humanos [OACDH].

Le escribo en un momento de gran angustia para el mundo, incluyendo a muchos de nuestros colegas. Una vez más, estamos viendo cómo se desarrolla un genocidio ante nuestros ojos, y la Organización a la que servimos parece impotente para detenerlo. Como alguien que ha investigado los derechos humanos en Palestina desde la década de 1980, ha vivido en Gaza como asesor de derechos humanos de la ONU en la década de 1990 y ha llevado a cabo varias misiones de derechos humanos en el país antes y después, esto es profundamente personal para mí.

También trabajé en estas salas durante los genocidios contra los tutsis, los musulmanes bosnios, los yazidíes y los rohinyás. En todos los casos, cuando el polvo se asentó sobre los horrores que se habían perpetrado contra poblaciones civiles indefensas, quedó dolorosamente claro que habíamos fracasado en nuestro deber de cumplir los imperativos de prevención de atrocidades masivas, de protección a los vulnerables y de rendición de cuentas por parte de los perpetradores. Y así ha sucedido con las sucesivas oleadas de asesinatos y persecuciones contra los palestinos a lo largo de toda la existencia de la ONU.

Alto Comisionado, estamos fracasando de nuevo.

Como abogado de derechos humanos con más de tres décadas de experiencia en este campo, sé bien que el concepto de genocidio ha sido a menudo objeto de abusos políticos. Pero la actual matanza masiva del pueblo palestino, enraizada en una ideología colonial etnonacionalista de colonos, como continuación de décadas de persecución y purga sistemáticas, basadas enteramente en su condición de árabes, y unida a declaraciones explícitas de intenciones por parte de dirigentes del gobierno y el ejército israelíes, no deja lugar a dudas ni a debate. En Gaza, se atacan gratuitamente hogares civiles, escuelas, iglesias, mezquitas e instituciones médicas, y se masacra a miles de civiles. En Cisjordania, incluida la Jerusalén ocupada, se confiscan y reasignan viviendas basándose exclusivamente en la raza, y los violentos pogromos de colonos van acompañados de unidades militares israelíes. El *apartheid* impera en todo el país.

Es un caso de genocidio de manual. El proyecto colonial europeo, etnonacionalista y de colonos en Palestina ha entrado en su fase final, hacia la destrucción acelerada de los últimos restos de vida palestina nativa en Palestina. Es más, los gobiernos de Estados Unidos, el Reino Unido y gran parte de Europa son totalmente cómplices de este horrible ataque. Estos gobiernos no sólo se niegan a cumplir con sus obligaciones de “garantizar el respeto” de los Convenios de Ginebra, sino que, de hecho, están armando activamente el ataque, proporcionando apoyo económico y de inteligencia, y dando cobertura política y diplomática a las atrocidades de Israel.

Al mismo tiempo, los medios de comunicación corporativos occidentales, cada vez más capturados y adyacentes al Estado, violan abiertamente el art. 20 del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, deshumanizando continuamente a los palestinos para facilitar el genocidio y difundiendo propaganda de guerra y apología del odio nacional, racial o religioso que constituye incitación a la discriminación, la hostilidad y la violencia. Las empresas de redes sociales con sede en Estados Unidos suprimen las voces de los defensores de los derechos humanos mientras amplifican la propaganda proisraelí. Los *trolls* en línea del *lobby* israelí y las *GONGOS* acosan y difaman a los defensores de los derechos humanos, y las universidades

y patronales occidentales colaboran con ellos para castigar a quienes se atreven a denunciar las atrocidades. Tras este genocidio, estos actores también deben rendir cuentas, al igual que ocurrió con la radio Milles Collines en Ruanda.

En tales circunstancias, las exigencias a nuestra Organización para que actúe con principios y eficacia son mayores que nunca. Pero no hemos superado el reto. El Consejo de Seguridad, con su poder de veto, se ha visto bloqueado de nuevo por la intransigencia de Estados Unidos, la Secretaría General está siendo atacada por la más leve de las protestas, y nuestros mecanismos de derechos humanos son objeto de un ataque calumnioso sostenido por parte de una red de impunidad organizada y en línea.

Décadas de distracción por las promesas ilusorias y en gran medida falsas de Oslo han desviado a la Organización de su deber fundamental de defender el derecho internacional, los derechos humanos internacionales y la propia Carta. El mantra de la «solución de dos estados» se ha convertido en una burla abierta en los pasillos de la ONU, tanto por su absoluta imposibilidad de hecho, como por su total incapacidad para dar cuenta de los derechos humanos inalienables del pueblo palestino. El llamado “Cuarteto” [Estados Unidos, Rusia, UE y ONU] se ha convertido en nada más que una hoja de parra para la inacción y la sumisión a un brutal *statu quo*. La deferencia (guionada por Estados Unidos) a los “acuerdos entre las propias partes” (en lugar del derecho internacional) fue siempre un transparente juego de manos, diseñado para reforzar el poder de Israel sobre los derechos de los palestinos desposeídos y bajo ocupación.

Como alto comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, llegué a esta Organización en la década del 80, porque encontré en ella una institución basada en principios y normas, que estaba directamente del lado de los derechos humanos, incluso en casos en los que los poderosos Estados Unidos, Reino Unido y Europa no estaban de nuestro lado. Mientras mi propio gobierno, sus instituciones subsidiarias y gran parte de los medios de comunicación estadounidenses seguían apoyando o justificando el *Apartheid* sudafricano, la opresión israelí y los escuadrones de la muerte centroamericanos, la ONU defendía a los pueblos oprimidos de esas tierras. Teníamos el derecho internacional de nuestra parte. Los derechos humanos estaban de nuestra parte. Teníamos los principios de nuestra parte. Nuestra autoridad se basaba en nuestra integridad. Pero ya no.

En las últimas décadas, sectores clave de la ONU se han rendido al poder de Estados Unidos y al miedo del *lobby* israelí, abandonando estos principios y retirándose del propio derecho internacional. Hemos perdido mucho con este abandono, sobre todo nuestra propia credibilidad mundial. Pero es el pueblo palestino el que ha sufrido las mayores pérdidas, como consecuencia de nuestros fracasos. Es una asombrosa ironía de la historia que la Declaración Universal de los Derechos Humanos se adoptara el mismo año en que se perpetró la *Nakba* contra el pueblo palestino. Al conmemorar el 75° aniversario de la DUDH, haríamos bien en abandonar el viejo tópico según el cual la DUDH nació de las atrocidades que la precedieron, y admitir que nació junto a uno de los genocidios más atroces del siglo XX, el de la destrucción de Palestina. En cierto sentido, los artífices estaban prometiendo derechos humanos a todo el mundo, excepto al pueblo palestino. Y recordemos también que la propia ONU carga con el pecado original de ayudar a facilitar la desposesión del pueblo palestino al ratificar el proyecto colonial de asentamiento europeo que se apoderó de las tierras palestinas y las entregaron a los colonos. Tenemos mucho que expiar.

Pero el camino hacia la expiación está claro. Tenemos mucho que aprender de la postura principista adoptada en ciudades de todo el mundo durante los últimos días, cuando multitudes de personas se levantan contra el genocidio, aun a riesgo de golpizas y detenciones. Los palestinos y sus aliados, los defensores de los derechos humanos de todo tipo, las organizaciones cristianas y musulmanas, y las voces judías progresistas que dicen “no en nuestro nombre”, están abriendo camino. Todo lo que tenemos que hacer es seguirles.

Ayer, a pocas manzanas de aquí, la estación *Grand Central* de Nueva York fue completamente tomada por miles de judíos defensores de los derechos humanos, que se solidarizaban con el pueblo palestino y exigían el

fin de la tiranía israelí (muchos de ellos arriesgándose a ser detenidos en el proceso). Al hacerlo, desmontaron en un instante el argumento propagandístico de la *hasbará* israelí (y viejo tropo antisemita) de que Israel representa de algún modo al pueblo judío. No es así. Y, como tal, Israel es el único responsable de sus crímenes. A este respecto, vale la pena repetir, a pesar de las difamaciones del *lobby* israelí en sentido contrario, que criticar las violaciones de los derechos humanos por parte de Israel no es antisemita, del mismo modo que criticar las violaciones saudíes no es islamófobo, criticar las violaciones de Myanmar no es antibudista, ni criticar las violaciones indias es antihindú. Cuando intentan silenciarnos con calumnias, debemos alzar nuestra voz, no bajarla. Confío en que estará de acuerdo, alto comisionado, en que esto es lo que significa decir la verdad al poder.

Pero también encuentro esperanza en aquellos sectores de la ONU que se han negado a comprometer los principios de derechos humanos de la Organización, pese a las enormes presiones para que lo hagan. Nuestros reporteros especiales independientes, comisiones de investigación y expertos de los órganos creados en virtud de tratados, junto con la mayor parte de nuestro personal, han seguido defendiendo los derechos humanos del pueblo palestino, incluso cuando otros sectores de la ONU (incluso al más alto nivel) han agachado vergonzosamente la cabeza ante el poder. Como custodios de las normas de derechos humanos, la OACDH tiene el deber especial de defenderlas. Nuestro trabajo, creo, es hacer oír nuestra voz, desde el secretario general hasta el más reciente contratado de la ONU, y horizontalmente en todo el sistema de la ONU, insistiendo en que los derechos humanos del pueblo palestino no están sujetos a debate, negociación o compromiso en ningún lugar bajo la bandera azul.

¿Cómo sería entonces una posición basada en la normativa de la ONU? ¿Para qué trabajaríamos, si fuéramos fieles a nuestras admoniciones retóricas sobre los derechos humanos y la igualdad para todos, la responsabilidad de los perpetradores, la reparación de las víctimas, la protección a los vulnerables y la capacitación de los titulares de derechos, todo ello bajo el imperio de la ley? Creo que la respuesta es sencilla: si tenemos la lucidez necesaria para ver más allá de las cortinas de humo propagandísticas que distorsionan la visión de la justicia por la que hemos jurado, el valor para abandonar el miedo y la deferencia hacia los estados poderosos, y la voluntad de enarbolar realmente la bandera de los derechos humanos y la paz. Sin duda, se trata de un proyecto a largo plazo y de una cuesta empinada. Pero debemos empezar ahora o rendirnos a un horror indescriptible. Yo veo diez puntos esenciales:

1. *Acción legítima*: en primer lugar, en la ONU debemos abandonar el fracasado (y en gran medida falso) paradigma de Oslo, su ilusoria solución de dos estados, su impotente y cómplice Cuarteto, y su subordinación del derecho internacional a los dictados de una presunta conveniencia política. Nuestras posiciones deben basarse sin tibieza en los derechos humanos internacionales y en el derecho internacional.

2. *Claridad de visión*: debemos dejar de fingir que se trata solo de un conflicto por la tierra o la religión entre dos partes enfrentadas, y admitir la realidad de la situación en la que un estado desproporcionadamente poderoso está colonizando, persiguiendo y desposeyendo a una población nativa por motivos étnicos.

3. *Un solo estado basado en los derechos humanos*: debemos apoyar el establecimiento de un estado único, democrático y laico en toda la Palestina histórica, con igualdad de derechos para cristianos, musulmanes y judíos y, por tanto, el desmantelamiento del proyecto profundamente racista y colonial de los colonos y el fin del *apartheid* en todo el territorio.

4. *Lucha contra el apartheid*: debemos reorientar todos los esfuerzos y recursos de la ONU a la lucha contra el *apartheid*, tal y como hicimos con Sudáfrica en los años 70, 80 y principios de los 90.

5. *Retorno e indemnización*: debemos reafirmar e insistir en el derecho al retorno y a la plena indemnización de todos los palestinos y sus familias que viven actualmente en los territorios ocupados, en Líbano, Jordania, Siria y en la diáspora por todo el mundo.

6. *Verdad y justicia*: debemos exigir un proceso de justicia transicional, que haga pleno uso de décadas de investigaciones, indagaciones e informes acumulados por la ONU, para documentar la verdad y garantizar la rendición de cuentas de todos los responsables, la reparación de todas las víctimas y la subsanación de las injusticias documentadas.

7. *Protección*: debemos presionar para que se despliegue una fuerza de protección de la ONU, bien dotada de recursos y con un mandato firme, para resguardar a los civiles desde el río [Jordán] hasta el mar [Mediterráneo].

8. *Desarme*: debemos abogar por la retirada y destrucción de los enormes arsenales de armas nucleares, químicas y biológicas de Israel, no sea que el conflicto conduzca a la devastación total de la región y, posiblemente, más allá de ella.

9. *Mediación*: debemos reconocer que Estados Unidos y otras potencias occidentales no son de hecho mediadores creíbles, sino partes reales del conflicto, las cuales son cómplices de Israel en la violación de los derechos palestinos, y a las que debemos comprometer como tales.

10. *Solidaridad*: debemos abrir nuestras puertas (y las puertas de la Secretaría General) de par en par a las legiones de defensores de los DD.HH. –activistas palestinos, israelíes, judíos, musulmanes y cristianos– que se solidarizan con el pueblo de Palestina y sus derechos humanos, y detener el tránsito sin fin de grupos de presión israelíes por las oficinas de los líderes de la ONU, donde abogan por la continuación de la guerra, la persecución, el *apartheid* y la impunidad, y difaman a nuestros defensores de los derechos humanos por su defensa principista de los derechos palestinos.

Tardaremos años en conseguirlo, y las potencias occidentales lucharán contra nosotros en cada paso del camino, por lo que debemos mantenernos firmes. A corto plazo, debemos trabajar por un alto el fuego inmediato y por el fin del largo asedio a Gaza, oponernos a la limpieza étnica de Gaza, Jerusalén y Cisjordania (y de otros lugares), documentar el ataque genocida en Gaza, ayudar a llevar ayuda humanitaria masiva y reconstrucción a los palestinos, cuidar de nuestros colegas traumatizados y de sus familias, y luchar desesperadamente por un enfoque basado en principios dentro de las oficinas políticas de la ONU.

El fracaso de la ONU en Palestina hasta ahora no es motivo para que nos retiremos. Por el contrario, debería infundirnos valor para abandonar el paradigma fallido del pasado y adoptar plenamente un enfoque basado en principios. Unámonos con valentía y orgullo, como OACDH, al movimiento *anti-apartheid* que está creciendo en todo el mundo, añadiendo nuestro logotipo a la bandera de la igualdad y los derechos humanos para el pueblo palestino. El mundo nos observa. Todos tendremos que rendir cuentas de nuestra postura en este momento crucial de la historia. Pongámonos del lado de la justicia.

Le doy las gracias, alto comisionado Volker, por escuchar este último llamamiento desde mi escritorio. Dentro de unos días dejaré la Oficina por última vez, tras más de tres décadas de servicio. Pero, por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo si puedo serle de ayuda en el futuro.

Sinceramente,

**Craig Mokhiber**